**CUANDO SE HABLA PERO NO SE DICE NADA**

Edelberto Torres-Rivas

Asistimos a circunstancias públicas en que se habla mucho pero no se dice nada. El retruécano vale más que un juego de palabras y adquiere sentido de verdad cuando nos enfrentamos a lo que ocurre en esta contienda electoral. El compromiso para mejorar la “salud nacional” lo debe diseñar el Partido en su programa y lo debe comunicar el (o los) candidato en la campaña, en los mítines de plaza, en las entrevistas y debates. Comunicarlo es, sencillamente, decirlo en público de las diversas maneras en que el discurso puede expresarse. Es bien sabido que “estar en campaña” es el procedimiento que la democracia representativa exige para ganarse la opinión del elector, del ciudadano. Obtener votos debiera ser convencer. Requiere por lo tanto un notable esfuerzo intelectual y físico por parte del candidato presidencial y de los otros postulantes. Pero “hablar sin decir es mentir”, y es eso lo que está sucediendo en Guatemala.

Las elecciones de 2011 son particularmente importantes porque ocurren en el seno de dos tipos de crisis, inéditas y graves. Una, la internacional, está calificada por los serios desajustes del gran sector financiero mundial, prensado por el déficit y el gasto, la desocupación y las debilidades del consumo en las principales economías capitalistas. El nuevo presidente de Guatemala probablemente inicie su mandato cuando la economía estadounidense declare su paso al estancamiento de largo plazo. En el clima político internacional están ganando espacio los partidos de extrema derecha, las ideologías racistas, xenófobas y excluyentes y se continúa el desmontaje del Estado de bienestar. La otra crisis es interna y contiene más gravedad porque se percibe localmente de manera inmediata. El ciudadano guatemalteco promedio (¿existe?) probablemente no incluya en el ámbito de sus preocupaciones el desplome del Euro o del dólar. Pero la crisis interna es rotunda por lo inmediato y porque afecta el bolsillo y el ánimo de las grandes mayorías. En las encuestas de los últimos años la percepción de la inseguridad es el porcentaje mayor y la pobreza/desocupación le sigue.

Sin embargo, el dato primario de la crisis interna es que con el actual gobierno aumentaron las tasas de desconfianza hacia las instituciones públicas. La democracia guatemalteca llegó a su límite. ¿Cuál? El que establece el respeto y la confianza mínima del ciudadano en la figura presidencial, en sus colaboradores, en sus políticas; en la eficacia de los gobernantes en su capacidad de manejo de “la enfermedad del país”. Esa confianza está perdida.

Por eso, esta campaña electoral sería la gran oportunidad para empezar a restablecer el sentido positivo de nación, de orden, de desarrollo. Es este el momento en que dos o tres partidos (es imposible pedirlo a todos) deberían hacer propuestas sustantivas acerca de cómo perciben el país y qué proponen para enfrentar los problemas básicos. La verdad, como es ya aceptado desde la época del Iluminismo, puede ser escudriñada a través de diferentes ópticas, de diferentes ideologías. Todos parten de visiones ideológicas, y los que creen que no la tienen es porque se refieren a ideologías contrarias a la suya. En estas elecciones todos los partidos y sus candidatos son de derechas, salvo una. Pero las derechas nunca se reconocen en sus discursos. Esto no importaría siempre que no se olvide que desde cualquier posición se puede ayudar al país y que una buena elección es el comienzo.

La campaña electoral no está polarizada como extrañamente lo han afirmado algunos comentaristas. ¿Polarizada? Esta son unas “elecciones competitivas sin pluralismo político”. Nunca ha habido tanta soledad ideológica y política, y tanta coincidencia en lo retórico, en lo banal. He aquí un ejemplo: ninguno de los proyectos para disminuir la inseguridad, mejorar la educación y terminar con la maldición bíblica del hambre reconocen que solo pueden llevarse a cabo con más recursos financieros. Un Estado flaco fiscalmente no puede hacer nada. Sin aumentar el gasto social ninguna oferta electoral podrá cumplirse. Pero ningún candidato ha hablado de reforma fiscal a fondo, desafiando la fatalidad de que el Estado no cobra impuestos y cuando lo hace, lo hace mal. ¡Hablan

de combatir la evasión…! Por ello y por todo lo que no se dijo, asombra la pasmosa calidad del debate entre tres candidatos presidenciales, convocados por la Asociación de Gerentes de Guatemala. Probablemente un espectáculo tan lamentable de cultura política como ese no se produciría en ningún país de América Latina. Es deseable que no se produzca más en este país.

Sin embargo, la debilidad de la cultura política no es monopolio de los candidatos, de sus programas y partidos. Es injusto atacarlos sin hacer mención de los públicos a los que ellos se dirigen, de la necesidad que tienen de ajustar sus discursos para hablar de lo que el pueblo quiere oír. Este es el problema, ¿quién fija la calidad del discurso? El que habla o el que escucha. La “culpa” es de ambas partes. Estos partidos y candidatos corresponden a la debilidad de la cultura política de los sectores populares, los ciudadanos de una sociedad fallida. Los políticos deben ayudar a desarrollar la conciencia política de los grupos populares, a mejorar el sentido de pertenencia moderna. La queja debe ampliarse. Tampoco ayudan a cumplir esos objetivos los medios de comunicación de masas. ¿Dónde esta el editorial crítico sobre lo que ocurrió en la AGG? No debe olvidarse que hoy día, la prensa fija la agenda pública, forma opinión, dirige el sentido de la crítica pública.

Esta alta responsabilidad no la está cumpliendo la prensa ni sus columnistas, ni su sección editorial. “En consecuencia, se habla mucho pero no se dice nada y se escribe mucho también sin decir lo que se debe”.